

**Razones para el voto obligatorio en Chile****Mauricio Morales Quiroga**

Académico del Instituto de Ciencias Sociales, Universidad Diego Portales (ICSO-UDP)

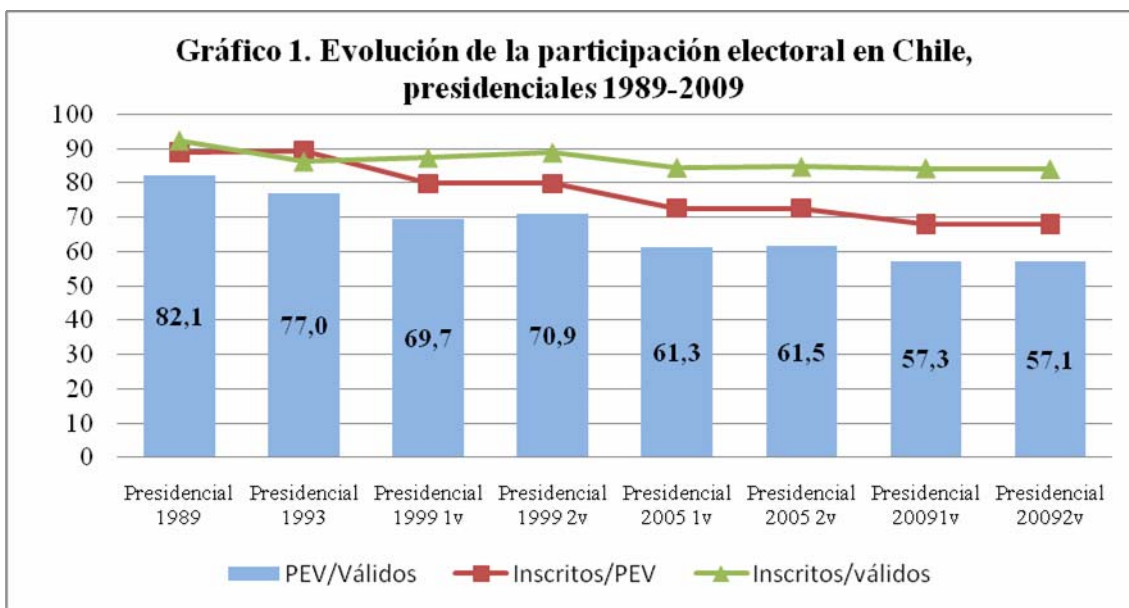
Director del Observatorio Electoral

[mauricio.moralesq@mail.udp.cl](mailto:mauricio.moralesq@mail.udp.cl)

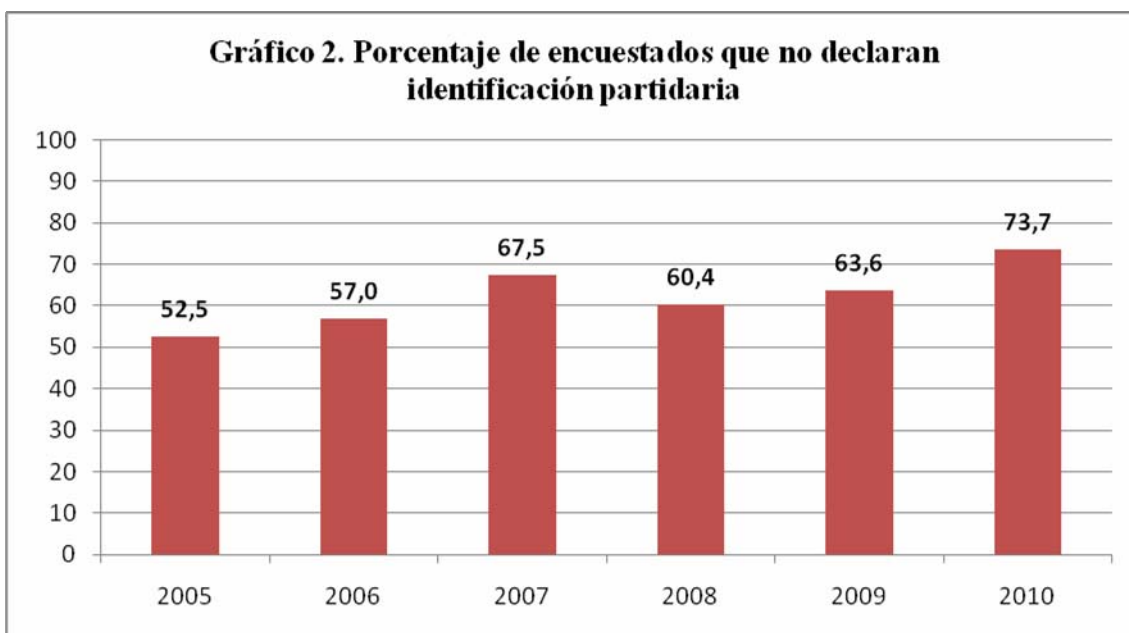
Nuevamente se ha instalado la discusión sobre la obligatoriedad del voto en Chile. Según los datos de la última encuesta nacional de la Universidad Diego Portales (UDP), el 70,9% de los chilenos prefiere un sistema de voto voluntario. Sin necesidad de entrar en un debate normativo sobre qué tan bueno es un sistema u otro, a continuación se entrega una serie de datos que permiten fundamentar cada opción teniendo en cuenta tanto el escenario electoral como los posibles efectos de cada fórmula.

La discusión sobre el voto voluntario se enmarca en un fuerte escenario de desafección partidaria y en una caída sistemática de la inscripción electoral. Si en 1989 casi el 89% de las personas en edad de votar estaba inscrito en los registros, en 2009 ese porcentaje cayó a menos del 70%. De los más de 12 millones de chilenos de 18 años y más, sólo alrededor de 8 millones 300 mil estaba efectivamente inscrito. Luego, al considerar la votación válida (excluyendo nulos y blancos), las cifras son aún más preocupantes. Si en 1989 votó válidamente el 82% de los ciudadanos en edad de votar, en las presidenciales 2009 ese porcentaje cayó a poco más del 57%. El gráfico 1 muestra las principales tendencias. La barra celeste da cuenta de la caída en el porcentaje de votos válidos respecto a la población en edad de votar (PEV). La línea roja muestra la caída en las tasas de inscripción (personas de 18 años y más que se inscriben en los registros electorales), mientras que la línea verde indica el porcentaje de votos válidos de acuerdo al número de inscritos. Cabe subrayar que la abstención también se ha incrementado. Un abstencionista es aquel ciudadano inscrito en los registros, pero que no vota. Si en las presidenciales de 1989 la abstención llegó al 5,3%, en 2009 se elevó a más del 13%.

Esta caída en la participación electoral convive, además, con un ambiente crítico hacia los partidos políticos. La encuesta UDP mostró que 7 de cada 10 chilenos no se identifica con partidos. Si bien Chile tiene uno de los sistemas de partidos más estables de la región, las raíces sociales de éstos se muestran cada vez más débiles. La volatilidad electoral es relativamente baja en el contexto latinoamericano, pero las encuestas comparadas con otros países muestran a Chile en los últimos lugares del ranking de identificación partidaria. El gráfico 2 muestra los resultados de la desafección partidaria (encuestados que no se identifican con partidos), que ha crecido más de 20 puntos en los últimos 5 años.



Fuente: Elaboración propia con datos de [www.servel.cl](http://www.servel.cl) y [www.elecciones.gov.cl](http://www.elecciones.gov.cl)



Fuente: Encuesta UDP 2010

En este ambiente de desafección se han sugerido dos cambios al régimen electoral que, supuestamente, contribuirían a corregir el problema. Por un lado, la inscripción automática y, por otro, el voto voluntario. Sobre lo primero existe suficiente acuerdo pues significa anular los costos por inscribirse y que se asocian al trámite burocrático ante el Servicio Electoral. Los ciudadanos que cumplan los 18 años quedarán automáticamente inscritos en el registro y habilitados para votar. Pero sobre el voto voluntario/obligatorio el debate es más amplio. Hay buenos argumentos para defender ambas posturas. Los que se inclinan por el voto voluntario sostienen que esto incrementará las tasas de participación juvenil. Adicionalmente, el voto sería entendido como un derecho y no necesariamente como un deber. Por cierto, y a juicio de sus defensores, el voto voluntario

provocaría cambios en las agendas y estrategias partidarias para alcanzar nuevos votantes. Como los partidos no conocerán el número exacto de potenciales votantes (sólo sabrán el número de personas de 18 años y más), entonces deberán plantear agendas más agresivas para llegar, particularmente, hacia los segmentos más jóvenes. Esto impulsaría la renovación y el fortalecimiento de los partidos.

Los favorables al voto obligatorio, en tanto, suelen argumentar que, tal como el sistema económico requiere el respaldo a partir de impuestos, la democracia se funda y se fortalece mediante la participación electoral. Si la participación es una dimensión central de la democracia (como parece acordar la literatura comparada), entonces el voto obligatorio podría ser una institución importante para estimularla. Adicionalmente, se argumenta que el sistema de voto voluntario genera un efecto perverso. Como los votantes no estarán constreñidos para asistir a las urnas, entonces podrían ser presa de otro tipo de incentivos. Específicamente, esos incentivos pueden asociarse con dinero (gasto electoral), lo que favorecería a los partidos con más recursos profundizando la desigualdad en el manejo de fondos sin perjuicio de que exista una ley de financiamiento de campañas que coloca límites al gasto. El problema de esa ley de financiamiento es que las sanciones no están claramente estipuladas.

Esta síntesis, muy general por cierto, lleva a desarrollar otro argumento que ha estado presente en la discusión pero sobre el que no se ha realizado un análisis empírico muy detallado. Existe la intuición de que el voto voluntario podría transformar las desigualdades económicas en desigualdades políticas. Es decir, que en un sistema de este tipo terminen votando en mayor medida las personas más ricas. Esto llevaría a una democracia de baja calidad dado que el poder de decisión estaría afincado en los segmentos de mayores recursos sin escuchar la voz de los más desposeídos.

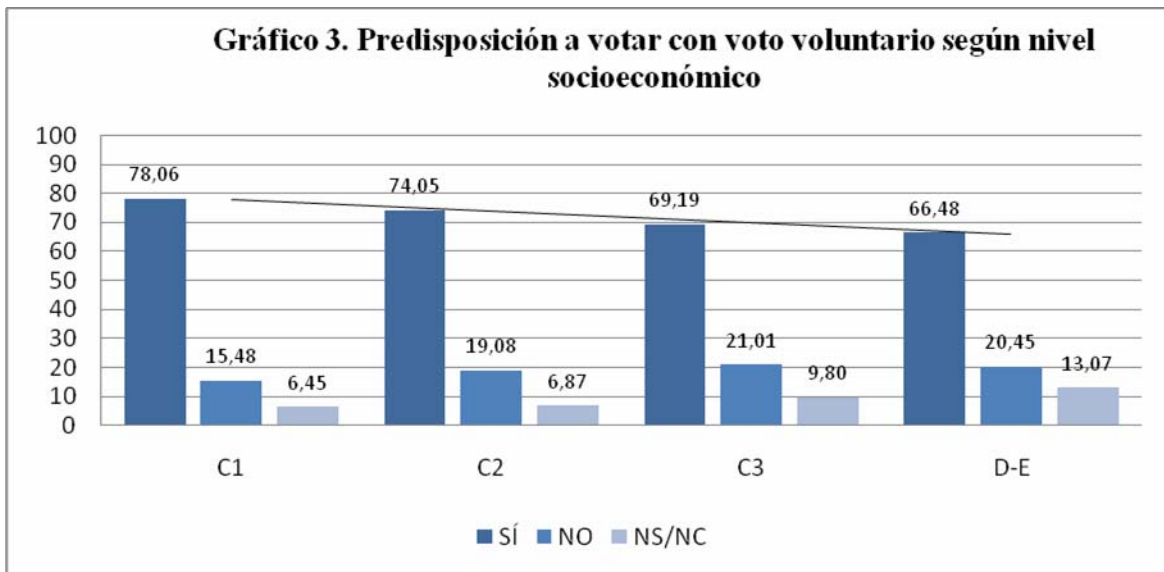
La encuesta UDP formula una pregunta al respecto. “Si en las próximas elecciones usted estuviese inscrito automáticamente en los registros electorales y votar fuese voluntario, ¿UD. iría a votar?” El 70,1% responde afirmativamente. Es decir, y suponiendo que los que declaran participar efectivamente lo hagan, en las próximas elecciones debiésemos tener alrededor de 8 millones 400 mil votantes, cifra superior a los 7.203.371 que sufragaron en la segunda vuelta de 2009. Punto para el voto voluntario. Sin embargo, el incremento de la cifra esconde una distribución muy particular que se asocia a la idea previa. Es decir, que la desigualdad económica se transforma en desigualdad política. La encuesta de la UDP así lo demuestra. Las personas de nivel socioeconómico alto votarían en casi un 80%, mientras que las de estrato medio-bajo lo harían en un 66,5%. Alguien podría pensar que esto también sucede con el sistema actual. Los datos no apoyan firmemente esta idea. Si bien los ciudadanos de segmentos más ricos declaran mayores niveles de inscripción (73,5%) que los más pobres (66,9%) según esta misma encuesta, las tasas de participación electoral declarada en las últimas presidenciales son bastante homogéneas entre los segmentos socioeconómicos. Si bien es cierto que en el sistema actual los más pobres tienen tasas de inscripción más bajas, un sistema de voto voluntario, de acuerdo a los datos de la encuesta, sólo vendría a profundizar esta desigualdad.

Así, el voto voluntario tiene esta contraindicación. Adicionalmente, no garantiza que los jóvenes participen más que el resto de la población, como tampoco supone un cambio estructural de las estrategias partidarias para llegar a nuevos electores. La desafección juvenil va más allá del tipo de régimen electoral. Esto no significa que el voto voluntario sea inocuo. El gráfico 4 muestra que con voto voluntario los jóvenes siguen siendo el grupo menos dispuesto a votar. No obstante, también es cierto que este porcentaje de participación de los jóvenes es ostensiblemente superior a la tasa de inscripción que actualmente tienen en el registro electoral. Por tanto, quienes están a favor del voto voluntario tienen razón en suponer un efecto sobre la composición del padrón, pero de ahí a estimar una explosión de la participación juvenil parece un tanto exagerado. Lo que sí podría generar el voto voluntario es un mayor equilibrio del padrón en términos de edad, corrigiendo el actual desequilibrio. Como muestra el gráfico 5, la tasa de inscripción de los jóvenes ha caído muy sustantivamente desde 1988, creciendo la de ciudadanos de 60 años y más. Si a principios de los '90 los jóvenes entre 18 y 29 años representaban alrededor de un tercio del padrón, en las últimas elecciones presidenciales sólo representaban cerca del 9%.

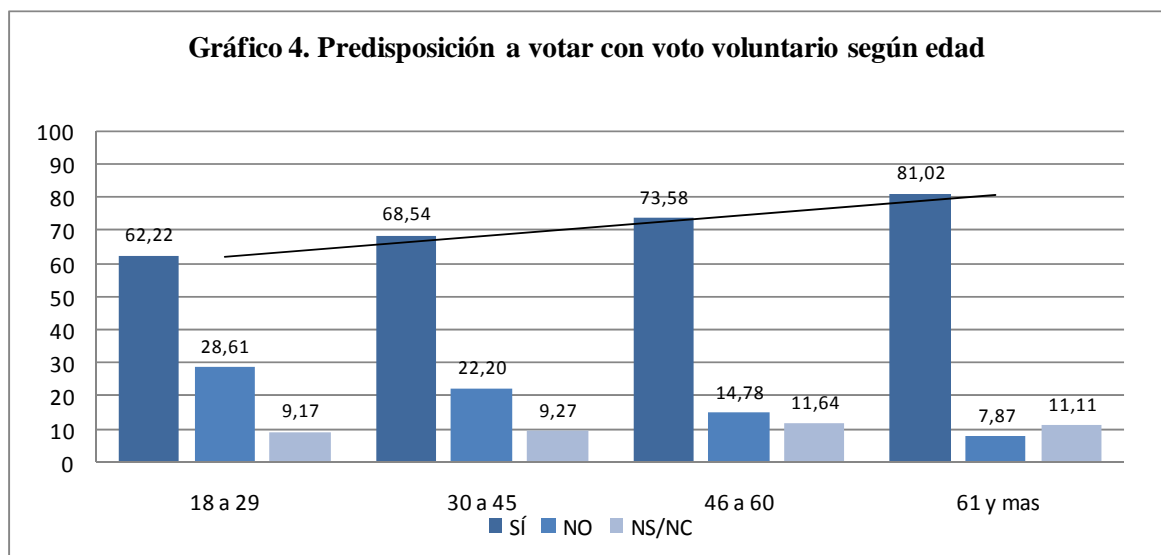
Por otro lado, no hay suficientes argumentos para pensar que un sistema de voto obligatorio bloquee el ingreso de los jóvenes e impida la renovación partidaria. Con voto obligatorio, los jóvenes también entrarán al sistema y los partidos se verán en la necesidad de recurrir a ellos para fortalecer su caudal electoral, lo que también supone una modificación en las agendas de los partidos. Así, los atributos que se asocian al voto voluntario también podrían aplicarse a un sistema de voto obligatorio. De igual forma, se cree que el sistema de voto voluntario traería consigo mayores dosis de incertidumbre a la competencia política dado que habría un electorado amplio y dispuesto a ir a votar sólo si hay buenas propuestas, mejorando la calidad de la política. Efectivamente, la incertidumbre es asunto central en la democracia, pero no existe un argumento sólido para señalar que con voto obligatorio dicha incertidumbre se reduzca. Incluso, la incertidumbre podría aumentar. Como en un sistema de inscripción automática y voto obligatorio todos los ciudadanos de 18 años y más son potenciales votantes, entonces los partidos deberán hacer significativos esfuerzos para capturar a esos nuevos electores. El resultado será más competencia y, por tanto, más incertidumbre. Pero no todo opera de manera automática. En Chile, la competencia y la incertidumbre están bloqueadas por el sistema electoral binominal. Los ciudadanos pueden anticipar los ganadores y eso termina por deprimir la competencia. Por tanto, sería razonable pensar en los riesgos que trae la combinación de voto voluntario y sistema binominal. Es decir, la interacción entre un sistema que genera escasa competencia y un régimen electoral que no sanciona a quienes no votan. Presumiblemente, la participación terminará por decaer. Los ciudadanos, fuera de estimar que la competencia es casi nula y ante la opción de no ir a votar (sin recibir sanciones), decidirán no asistir a las urnas.

A pesar de todos estos argumentos, sería iluso pensar que el voto obligatorio resuelva por sí mismo el problema de la desafección y de la calidad de la democracia. Si bien la literatura comparada muestra que la participación aumenta con el voto obligatorio, esto no implica, necesariamente, una mayor identificación con los partidos. Lo claro, eso sí, es que el voto obligatorio, a diferencia del

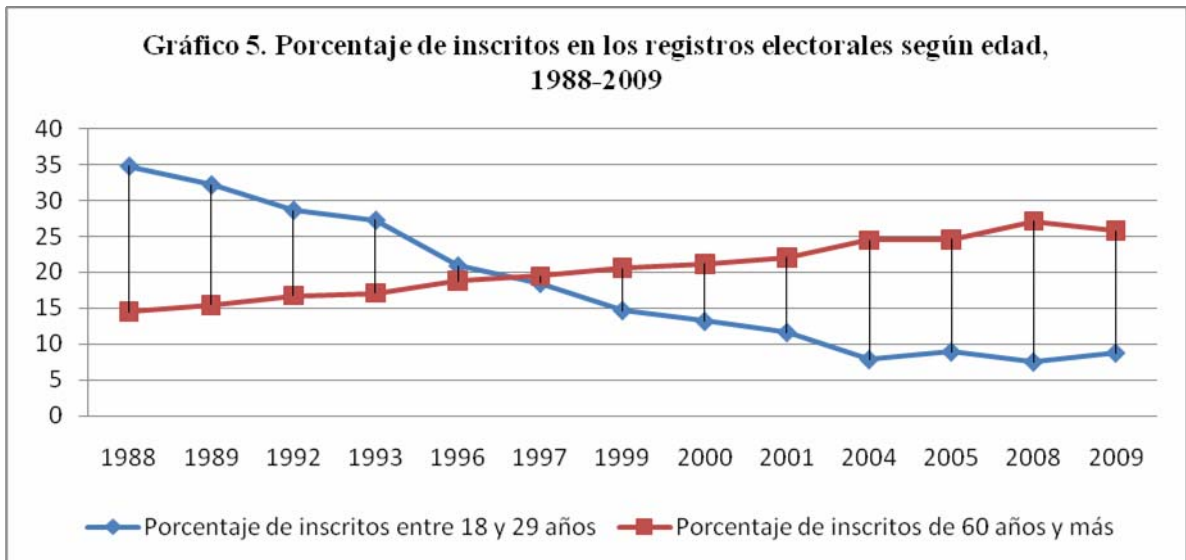
voluntario, no transforma las desigualdades económicas en desigualdades políticas.



Fuente: Encuesta UDP 2010



Fuente: Encuesta UDP 2010



Fuente: Elaboración propia con datos de [www.servel.cl](http://www.servel.cl)